



Guillermo Lora

El significado
Latino-Americano
de la
experiencia boliviana

Ediciones



La Paz - Bolivia

2024

El significado Latino-Americano de la experiencia boliviana

(Entrevista a Guillermo Lora)

El siguiente reportaje fue publicado por “Ofensiva”, N°. 2, de Santiago de Chile, marzo de 1972, órgano mensual de la Organización Marxista Revolucionaria (OMR).

Cuestionario

1. Al interior del proceso revolucionario latinoamericano desarrollan su actividad diversas concepciones y tendencias, muchas veces divergentes entre sí (foquismo, reformismo, nacionalismo revolucionario, etc.) ¿Qué posibilidades de realización del programa socialista existen a partir de la actividad de estos sectores.

2. ¿Qué contenido encierra la concepción de la revolución permanente en Latinoamérica?

3. ¿Qué significa la consigna “Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina”?

4. ¿Cómo caracteriza Ud. la coyuntura por la que atraviesa Bolivia hoy?
5. ¿Qué significa para las masas y el proletariado boliviano la experiencia de la Asamblea Popular?
6. ¿A dónde va Bolivia?
7. No hay posibilidades de completar la construcción del socialismo en los límites de un solo país como no sea con el desarrollo simultáneo de un proceso de revolución mundial. ¿Cuáles son las perspectivas en este sentido, tanto a nivel de las masas como de su dirección?

Respuestas

Primera. Las diversas concepciones y tendencias que están presentes en el escenario latinoamericano y que pueden llamarse foquismo, reformismo, stalinismo, nacionalismo, trotskysmo, etc., son expresiones clasistas y, en esta medida y aunque todas ellas se autocalifiquen revolucionarias, no siempre están capacitadas para materializar el programa socialista.

Ciertamente que hay partido políticos que tienen en su filas gran cantidad de obreros, en este sentido son partidos realmente obreros, y sin embargo no rebasan los límites del reformismo y en ningún caso pueden ser considerados revolucionarios. Partido revolucionario es aquel que concentra a la vanguardia de la clase, que convierte en programa la conciencia y los intereses históricos del proletariado. El partido transforma en actividad política el instinto comunista de la clase obrera.

Si el proletariado tiene que tomar en sus manos el cumplimiento pleno de las tareas nacionales, democráticas y la construcción del socialismo, es claro que tiene que comenzar por estructurarse como partido político, lo que supone su nítida diferenciación con referencia a las otras clases sociales, vale decir, a sus expresiones políticas, muchas de las cuales son, precisamente, los llamados partidos obreros tradicionales. El reformismo, stalinista o no, es el canal que lleva a la clase obrera hacia las posiciones burguesas o pro-imperialistas, en esta medida es la negación misma del socialismo. La lucha intransigente contra el reformismo, no solamente en el plano político sino también en el sindical, es un deber elemental de

los revolucionarios. El reformismo no es otra cosa que la correa de transmisión de los intereses de la burguesía que actúa en el seno mismo de la clase obrera.

Hemos observado reacciones de diverso tipo frente a la poltronería y carácter conservador del reformismo, la extrema burocratización e inoperancia de los partidos que la representan? sin embargo, no todas las reacciones frente a esa manifestación degenerada del movimiento obrero conducen a la revolución o al socialismo? contrariamente, no pocas reacciones antireformistas concluyen en el ultraizquierdismo provocador y aventurero, que, como decía Lenin, por la izquierda conducen a la derecha. Estas tendencias expresan las características de ciertas capas de la pequeña burguesía y socialmente se alimentan en ellas.

No se trata únicamente de subrayar la importancia del proletariado en la revolución o de la tesis en de que ésta es inconcebible al margen de las masas. Toda revolución social, incluyendo a la burguesa, es popular, mayoritaria, y es claro que en ella el proletariado jugará papel importante, no sólo como parte de las masas, sino como su dirección política.

El propio desarrollo de los países atrasados dentro de la economía capitalista mundial obliga a la clase obrera a convertirse en dirección política, en caudillo nacional, inclusive cuando se trata del cumplimiento de las tareas democráticas. Para poder llegar a actuar como caudillo nacional tiene que organizarse en partido político, expresar programáticamente sus intereses históricos.

El proletariado estructurado en partido político quiere decir claramente diferenciado también de los otros sectores populares, que inclusive pueden ser más explotados que él. La realización del socialismo es tarea privativa, si se nos permite el término, del proletariado y al realizar esta tarea entrará en obligada contradicción con las otras clases populares (campesinos y mayoría explotada de la clase media de las ciudades). Los populistas proclaman que el partido revolucionario será el partido de los pobres, de los explotados en general, vale decir, del pueblo. Esta idea “generosa” y populista nada tiene de revolucionaria, desde el momento que, deliberadamente o no, disuelve la conciencia del proletariado en la masa amorfa y cuantitativamente muy grande del pueblo empobrecido. El rol revolucionario de la clase

obrero no viene de su pobreza sino del lugar que ocupa en el proceso de la producción.

Los sectores pequeño-burgueses radicalizados, particularmente sus capas estudiantiles, han concluido en la ultra-izquierda y se caracterizan por no comprender como se dará la revolución acaudillada por el proletariado en estos países. Esto vale también para aquellos grupos que dicen estar interesados en aproximarse a las masas e inclusive en convertirse en partido de masas, negando así su carácter foquista. En algunos países, de una y otra forma, parecen expresar la certidumbre de que serán las capas intelectuales las llamadas a dirigir políticamente la revolución, a asesorar a los trabajadores, etc. A la “inteligencia” impresiona más que el atraso del país (siendo una de sus consecuencias el escaso número de trabajadores), el analfabetismo del proletariado. A la enflaquecida clase obrera oponen la gran mayoría campesina y los vastos sectores de la clase media, variando el planteamiento según los países. Con todo, para nuestros populistas los explotados del agro son la fuente y fuerza principal de la revolución, una fuerza capaz de imponer condiciones a la clase obrera y de modificar los rumbos de la política de ésta. La

llamada “guerra prolongada” se reduce a una guerra campesina. Estas posturas importan un abandono del marxismo. El foquismo también habla de socialismo (¡y quién no habla de socialismo en nuestros días!); pero, en la medida en que actúa a espaldas de las masas, ignorando las transformaciones que se operan en su interior y pretende sustituir al partido de la clase no hace otra cosa que convertirse en un obstáculo, que a veces puede ser serio, en el camino que conduce al socialismo. El foquismo concluye considerando la lucha armada de un pequeño grupo una finalidad en si misma y de esta manera se torna en históricamente intrascendente, aunque realice operaciones espectaculares y muy bulliciosas. Ha nacido, vivido y agonizado como expresión de la extrema desesperación de sectores pequeñoburgueses, que se sienten molestados por la acentuada lentitud del desarrollo del movimiento obrero y por las tremendas dificultades que es preciso afrontar en la construcción del partido revolucionario. El foquismo tiene escasa influencia, positiva o negativa, para el proletariado, pero constituye un impedimento considerable cuando se trata de orientar a las capas intelectuales de la pequeña burguesía, estudiantes, por ejemplo. Estamos convencidos que en Latinoamérica no

podrá estructurarse el movimiento revolucionario a menos que se someta a crítica radical a las tendencias extrañas al socialismo como son el foquismo, el stalinismo, el nacionalismo de contenido burgués, etc.

El hecho de que las tareas democráticas no hubiesen sido totalmente realizadas explica la terquedad que demuestran las tendencias nacionalistas -civiles o castrenses- por ganar el escenario político, presentándose con el pelaje más diverso. El nacionalismo, que se hace llamar revolucionario y que enarbola sin tregua banderas antiimperialistas, es una realidad y sería absurdo no ver las posibilidades que tiene en muchos países para arrastrar a las masas detrás de sí.

La historia latinoamericana nos enseña que la clase obrera ha comenzado siendo organizada y movilizada por sectores de la clase dominante. Los movimientos y gobiernos nacionalistas, que formulan esquemas de realización de las tareas democráticas y de liberación de las garras imperialistas, se ven obligados a movilizar a los obreros no ciertamente para emanciparlos, sino para lograr así su propia estabilidad y tener más

poder de presión sobre el imperialismo. Estos gobiernos tienen la posibilidad de convertirse en bonapartistas y entran en frecuentes fricciones con el imperialismo, lo que no quiere decir que puedan consumir la liberación nacional. No importa quien organice al proletariado sino que éste se ponga en marcha y se considere a sí mismo como clase social, en fin que adquiera conciencia.

El movimiento revolucionario no puede estructurarse utilizando el tonto recurso de ignorar simplemente a los movimientos nacionalistas, inclusive en los países donde controlan a los sectores mayoritarios. Contrariamente, es imperioso realizar un análisis exhaustivo de sus limitaciones orgánicas, mostrar anticipadamente que en cierto momento no tendrán más remedio que aliarse con el enemigo foráneo para poder contener a quienes ellos mismos pusieron en pie. La burguesía nacional se torna contrarrevolucionaria fundamentalmente por miedo a perder sus privilegios y su hegemonía política, como consecuencia de la arremetida proletaria. Es en la lucha diaria, batallando tras las consignas antiimperialistas, donde será posible demostrar las inconsecuencias y traiciones del nacionalismo a los intereses del país, su incapacidad de realizar a

plenitud las tareas democráticas, etc. En algunos países la poca evolución política de la clase obrera le obliga a vivir la experiencia nacionalista antes de encontrar su propia línea estratégica.

El stalinismo con su “teoría” en sentido de que las fuerzas productivas en los países atrasados no han madurado todavía lo suficiente para hacer posible una revolución puramente socialista y sí solamente la democrático-burguesa, relegando a aquella para las calendas griegas y siempre como “socialismo en un solo país”, lo que importa llevar ideas y “marxismo” al arsenal teórico del nacionalismo burgués. Acertadamente Trotsky escribió que, tratándose del carácter de la revolución en los países atrasados, los stalinistas no hacían más que desempolvar las tesis mencheviques.

Segunda. Ciertamente que en los países latinoamericanos no se trata de reeditar la clásica revolución socialista, como si el rasgo característico no fuese su atraso. Las tareas democráticas pasan a manos del proletariado, el mismo que, desde el poder, las realizará plenamente para transformarlas en socialistas. La clase obrera para cumplir esta tarea no tiene más remedio que arrastrar detrás de

sí a la masa campesina y a las capas mayoritarias de la pequeña burguesía de las ciudades.

Los campesinos, poderosa fuerza motriz revolucionaria, llevarán al proletariado al poder. Esta es la tesis fundamental del trotskysmo, que considera que la revolución dirigida por la clase obrera realizará las tareas democráticas y las socialistas como partes del mismo y único proceso bajo la dictadura proletaria, que además solamente se trata de un aspecto de la revolución socialista mundial. Es sobre las bases de esta estrategia que debe organizarse el movimiento revolucionario latinoamericano, al margen de él no puede concebirse la lucha por el socialismo.

Tercera. Para Latinoamérica adquiere enorme importancia la consigna de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, que ha motivado una serie de falsas interpretaciones.

La reivindicación, lanzada como democrática a comienzos del siglo XIX, no pudo ser realizada por las débiles burguesías del continente. Retomada por el proletariado, esto porque la unidad continental es uno de los requisitos para hacer posible la liberación

nacional y la solución de los problemas emergentes del proceso revolucionario, adquiere proyecciones socialistas y se transforma en los Estados Unidos socialistas de América Latina.

Cuarta. En Bolivia impera un régimen castrense fascista, que, por lo menos en sus primeros momentos, logró contar con el apoyo de un sector de la clase media.

Como quiera que no hubo lugar para el aplastamiento físico de la clase obrera en las calles, pues oportunamente pudo replegarse a los lugares de trabajo, los planes fascistas de acabar con los focos de resistencia en las ciudades han fracasado.

El pueblo boliviano, particularmente los trabajadores, persisten en su resistencia pasiva a los usurpadores del poder. Ahora se trata de pasar a la resistencia activa por medio de la movilización de las masas, lo que sólo será posible si se generalizan los brotes locales de descontento que actualmente se producen y se les da un elevado contenido político- ideológico.

El aplastamiento del gorilismo abrirá las puertas

para la lucha del proletariado por la conquista del poder.

Quinta. La Asamblea Popular, órgano de poder y organización soviética ha sido la creación de las altamente politizadas masas bolivianas. Por ser obra de los explotados se incorpora a su seno el arsenal estratégico de aquellos, que permanece en la subconsciencia de las masas y resurgirá impetuosa no bien se den las condiciones propicias.

En las actuales condiciones de clandestinidad se proyecta políticamente en el FRA, que es una dirección destinada a movilizar a las masas contra el fascismo gorila. En el FRA está toda la gama de la izquierda, más el sector izquierdista del ejército. Lo fundamental de la Asamblea Popular y del FRA radica en la hegemonía política del proletariado, según sus documentos básicos y su política militar.

Sexta. Bolivia marcha a un descomunal enfrentamiento con la derecha del ejército y esperamos que en esta batalla los elementos jóvenes y radicalizados de las FFAA lleguen a alinearse detrás de la clase obrera. Bolivia conocerá la dictadura del proletariado y la marcha hacia el

socialismo, seguramente mucho antes que los otros países que la rodean.

Séptima. El tremendo y trágico desnivel que se observa en la evolución de la conciencia de clase del proletariado de los diversos países del mundo, permite asegurar que no habrá revolución simultánea y que la clase obrera victoriosa de algún país tendrá ante sí el problema de su aislamiento, que importa la amenaza de su degeneración y hasta de su derrota. Pero, es preciso trabajar sin descanso para el avance de la maduración de la conciencia de clase en escala mundial. Esta tarea debe cumplirla la IV 1, emancipada de la nefasta herencia del pablismo? tarea que debe también cumplirse en Latinoamérica.

(De “Masas” N° 411, junio de 1972).